

AUSENCIA Y PRESENCIA

Domingo de Pascua. A

12 de abril de 2020

“Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto”

(Jn 20,2)

Señor Jesús, con las primeras luces del alba María de Magdala descubrió que tu sepulcro estaba vacío. A toda prisa fue a anunciar la noticia a tus discípulos. Con razón ha sido llamada “apóstol de los apóstoles”.

Pero todo el relato nos extraña. ¿Esperó al amanecer o salió al campo caminando en las tinieblas? ¿No había pensado en los riesgos que corría al abrir el sepulcro? ¿Fue ella sola hasta el sepulcro o se hizo acompañar por las otras mujeres que habían presenciado tu sepelio?

Evidentemente, estas preguntas no interesaban en el relato. Cuando nos arrastra la curiosidad, no dejamos espacio al asombro, ese rocío mañanero que ayuda a la fe a brotar en la tierra reseca de la estepa.

María encontró vacío tu sepulcro. Eso es lo que importa. Ella podía dar testimonio de que allí había sido depositado el cuerpo de su Maestro. Y ella puede dar testimonio de que ya no se encontraba donde fue dejado por tus amigos.

Como ella, no encontramos explicación para la evidencia. Una cosa era clara para María. Tu cuerpo fue confiado a la roca, pero la roca no podía contenerlo para siempre.

Como muchos de nosotros, María tuvo que sufrir el dolor de experimentar tu ausencia. Ni siquiera le quedaba el exiguo consuelo de saber dónde reposaba tu cuerpo. De pronto se quedaba sin ese triste anclaje que todos necesitamos.

No sabía dónde te habían puesto. Y no lo sabía ella, que se sentía con el derecho de saberlo. Con todo, la luz del alba venció a las tinieblas. Y pronto habría de saber que tu ausencia revelaba el milagro de tu presencia universal. Tú te harías presente a los tuyos en mil formas y en mil lugares.

Hoy tan solo me hace falta abrir los ojos a la luz de la mañana para descubrirete presente entre nosotros. A ti, que eres nuestro Maestro. A ti que eres la vida de nuestra vida. A ti que eres el Señor.

José-Román Flecha Andrés